

Los diarios de la empatía

Los niños de doce años juegan en el patio como si tuvieran ocho años... No parecen capaces de ponerse en el lugar de otros niños.

COMENTARIO DE LA JEFA DE ESTUDIOS DE LA ESCUELA
HOLBROOKE ACERCA DE LA «FALTA DE EMPATÍA» ENTRE
ESTUDIANTES*

¿Por qué un libro sobre la conversación? Al fin y al cabo, nos pasamos todo el tiempo hablando. Nos enviamos mensajes de texto, escribimos publicaciones y chateamos. Puede incluso que empecemos a preferir el mundo de nuestras pantallas. Entre la familia y entre los amigos, entre nuestros colegas y nuestros amantes, recurrimos a nuestros teléfonos en lugar de hacerlo los unos a los otros. Admitimos libremente que nos gusta más enviar un mensaje o un correo electrónico que embarcarnos en una reunión cara a cara o incluso hacer una mera llamada telefónica.

Esta nueva vida indirecta nos ha acarreado problemas. La conversación cara a cara es el acto más humano, y más huma-

* Holbrooke es un nombre ficticio. En este libro oculto la identidad de los individuos que cito y de las instituciones que visité (escuelas, universidades y negocios). Utilizo nombres reales cuando hablo de cosas que son de dominio público o cito palabras que se han pronunciado en un foro público. Para saber más acerca de mi método, véase nota en las páginas 473-74.

nizador, que podemos realizar. Cuando estamos plenamente presentes ante otro, aprendemos a escuchar. Es así como desarrollamos la capacidad de sentir empatía. Este es el modo de experimentar el gozo de ser escuchados, de ser comprendidos. Además, la conversación impulsa la introspección, esa conversación con nosotros mismos que constituye la piedra angular de nuestro desarrollo temprano y que continúa durante toda nuestra vida.

Pero hoy en día buscamos formas de evitar la conversación. Nos escondemos los unos de los otros a pesar de estar constantemente conectados los unos con los otros. En nuestras pantallas, tenemos la tentación de presentarnos como nos gustaría ser. Por supuesto, cierto grado de actuación forma parte de todo encuentro, en cualquier lugar, pero en internet y con todo el tiempo del mundo, es fácil componer, editar y mejorar a medida que revisamos.

Decimos que recurrimos a nuestros teléfonos cuando estamos «aburridos». Y nos aburrimos a menudo porque nos hemos acostumbrado a un flujo constante de conexión, información y entretenimiento.¹ Estamos permanentemente en otra parte. En clase, en la iglesia o en una reunión de trabajo, prestamos atención a lo que nos interesa, y cuando deja de interesarnos, recurrimos a nuestros dispositivos en busca de algo que sí lo haga. En la actualidad, existe una palabra en el diccionario inglés llamada «*phubbing*».² Este término significa mantener el contacto visual mientras se envía un mensaje de texto con el teléfono. Mis estudiantes me dicen que lo hacen constantemente y que les resulta muy fácil.

Empezamos a pensar en nosotros mismos como en una tribu de un único miembro, leales solo a nuestro propio bando. Comprobamos los mensajes que tenemos pendientes durante cualquier momento de tranquilidad o sencillamente cuando la atracción del mundo de internet nos parece irresistible. Incluso los niños se envían mensajes en lugar de

hablar cara a cara con sus amigos; o, de hecho, en lugar de soñar despiertos, que es cuando pueden estar a solas con sus pensamientos.

Todo ello representa una huida de la conversación, al menos de las conversaciones espontáneas y sin un objetivo establecido, aquellas en las que jugamos con las ideas, en las que nos permitimos estar plenamente presentes y ser vulnerables. Sin embargo, estas son precisamente las conversaciones en las que florecen la empatía y la intimidad y en las que la acción social gana fuerza. Estas son precisamente las conversaciones en las que se impulsa esa colaboración creativa que es imprescindible tanto en la educación como en los negocios.

Pero estas conversaciones requieren tiempo y espacio, y hemos decidido que estamos demasiado ocupados. Distráidos durante la comida y en nuestra sala de estar, en nuestras reuniones de trabajo y en nuestras calles, descubrimos indicios de una nueva «primavera silenciosa»,³ un término que Rachel Carson acuñó cuando por fin estuvimos listos para comprender que el cambio tecnológico implicaba también un peligro para el medio ambiente. Ahora, hemos llegado a otro momento clave de reconocimiento.⁴ En esta ocasión, la tecnología está implicada en un ataque contra la empatía. Hemos aprendido que incluso un teléfono en silencio⁵ inhibe la posibilidad de que se inicien conversaciones sobre temas que importan. La mera presencia de un teléfono a la vista nos hace sentir menos conectados con los demás, menos implicados en las vidas de los otros.

A pesar de la gravedad del problema que nos afecta en estos momentos, escribo con optimismo. Una vez hemos cobrado consciencia de la situación, podemos empezar a replantearnos nuestros hábitos. Y cuando lo hacemos, la conversación sigue ahí, esperando que la recuperemos. La cura para las conexiones fallidas en nuestro mundo digital es hablar.